

Arquitectura y etnografía urbana: derivas entre lo familiar y lo ajeno de la cotidianidad*

Architecture and urban ethnography: drifting between the familiar and the unknown of everyday life

REBUT: 12/11/2022 // ACCEPTAT: 15/06/2023

Antigoni Geronta

*GRECS (Universitat de Barcelona);
GRANAR (Institut Català d'Antropologia); Antiarq
ORCID: 0009-0004-5331-8837*

Resumen

El objetivo de este artículo es la recopilación de vivencias y relatos del caminar que exponen la proximidad (lo familiar) y el distanciamiento (los objetos/sujetos distantes y distintos) como componentes de la cotidianidad urbana. Reconociendo el papel fundamental de la aproximación interdisciplinar entre la arquitectura y la antropología para el estudio e interpretación de los procesos urbanos, el enfoque teórico-práctico se establece sobre dos ejes: a), el método etnográfico como herramienta analítica del estudio urbano, y b), la introducción activa de la variable del tiempo como memoria, presencia y percepción de las metamorfosis urbanas. La potencialidad que se ha disfrazado bajo la mercantilización de la urbe se revela a través de prácticas que parten y alimentan conductas radicalmente críticas y, a la vez, afectivas en torno a las formas de vivir y experimentar la ciudad. Cabe pues aspirar a una perspectiva arquitectónica y urbana que busque conciliar lo íntimo y lo extraño de la vida cotidiana en las metrópolis contemporáneas, empleando el método de la investigación empírica *in situ* donde la antropología aporta en la hermenéutica de la diversidad. Su valor radica además en el propio rescate de la tradición oral vinculado a la arquitectura de la ciudad.

Abstract

The aim of this article is the compilation of walking experiences and stories that address proximity (the familiar) and distance (distant and different objects/subjects) as components of urban daily life. Recognising the fundamental role of the interdisciplinary approach between architecture and anthropology for the study and interpretation of urban processes, my theoretical-practical approach is based on two axes: a) the ethnographic method as an analytical tool for the urban study and b) the introduction of the variable of time as memory, presence and perception of urban metamorphoses. The potentiality that has been disguised under the commodification of the city is revealed through practices that originate and give birth to radically critical and at the same time affective behaviours concerning the ways of living and experiencing the city. It is therefore possible to aspire to an architectural and urban perspective that seeks to reconcile the intimate and the unfamiliar elements of everyday life in contemporary metropolises, using the method of empirical research *in situ* that anthropology provides for the hermeneutics of diversity. Its value also lies in the recovery of the oral tradition associated with the architecture of the city.

Palabras clave: vida cotidiana; método etnográfico; caminar; escribir; proyectar.

Keywords: everyday life; ethnographic method; walking; writing; planning.

* Determinadas partes del presente artículo forman parte del trabajo de campo realizado en el marco de la investigación de doctorado, cuyo caso de estudio ha sido el extraordinario pueblo pesquero de Afurada y sus habitantes. En particular, el barrio de Afurada de Baixo es el lugar donde viví durante dos años (2014-2016), empleando el método etnográfico para la investigación in situ durante cinco años, que en 2019 culminó en la tesis doctoral "Tiempografía en São Pedro da Afurada: lecturas y prácticas interpretativas del habitar".

La ciudad perpleja y los incidentes cotidianos de la familiaridad

Apropiaciones efímeras

En un fragmento de pocas instantáneas que se presenta en el documental de 1988 de William Whyte, *The social life of small urban spaces*, aparece una mujer pintándose los labios e, inmediatamente, suaviza la cantidad puesta usando una servilleta, con la cual remata rápidamente su maquillaje con cuidado y suma atención. Simultáneamente, saca un cepillo para el cabello y empieza a peinarse. Ninguno de estos gestos nos extrañaría si no fuera por el hecho de que, en esta ocasión, la mujer se encuentra en una calle central de Manhattan frente a un edificio moderno de *pared-cortina* cuyos vidrios le sirven perfectamente de espejo. La mujer parece realizar su cometido sin preocuparse lo más mínimo por la gente que posiblemente la estaría contemplando desde el interior del edificio y, durante toda la escena, no se inmuta en ningún momento por el paso de transeúntes o por el ruido urbano de su entorno.

En las urbes contemporáneas son comunes los actos de apropiación urbana que se manifiestan de una forma *casi* doméstica. Incluso es frecuente la utilización de ciertos elementos arquitectónicos, como, por ejemplo, el mobiliario urbano, a los que se puede dar un uso extensivo e imprevisto que revierte su destino original. La lógica que conduce a estas prácticas de *détournement* apuesta por la conversión del espacio en un lugar que acoge y facilita las tareas del día a día, lo que no deja de reconocer una esencia de carácter lúdico. De ahí que sea notable que tales prácticas no carezcan de imaginación. Si bien la fachada de la casa constituye un límite entre la esfera privada y la pública -a pesar de ser un límite que a menudo deja entrever la vida doméstica-, no faltan los espacios públicos donde la vida hogareña se desarrolla tranquilamente desvelando toda su privacidad e intimidad, expuesta indiscretamente.

Cabe destacar, entonces, la incógnita de qué es lo que se puede hacer libremente por la calle y qué no. ¿Cuál sería el uso permitido del tiempo en el espacio público? ¿Cómo se aprende y se desaprende respecto a las conductas sociales que se consideran legítimas? De modo análogo a una mujer que se detiene por la calle para arreglarse el cabello y pintarse los labios públicamente, podemos observar en el documental de Ugo La Pietra, *La riappropriazione della città*, como un hombre en bata aparece en la primera escena, afeitándose ante el espejo, tranquilamente y casi religiosamente, a pesar del fuerte ruido urbano que acompaña la escena. El hombre mira hacia la cámara y exclama: "Habitar es estar por doquier en tu propia casa". En un abrir y cerrar de ojos vuelve de nuevo a escena y continúa lo que parece ser su tarea mañanera y, mientras la cámara se aleja, el plano se hace más amplio y nos damos cuenta de que el hombre está en plena calle, utilizando la puerta de cristal de un edificio como un espejo [Figura 1 y

2]. La apropiación urbana es una forma constante de inventar y reinventar el espacio público.



Figura 1, 2: “Abitare è essere ovunque a casa propria” [“Habitar es estar por doquier en tu propia casa”], Ugo La Pietra (Pietra, 1977).

A continuación, describiré determinados casos del uso diario de espacios exteriores, en los que tanto las tareas empleadas como los mismos decorados –las maneras de *estar* y de *hacer*– corresponderían al ambiente de la vida privada del hogar y, en concreto, a lo que es el uso común y la configuración de compartimentos como la cocina, el salón y el dormitorio. Mi intención es mostrar de qué forma se manifiestan públicamente aquellas actividades domésticas entendidas actualmente como resistencias particulares de interacción social. Resistencias, en el sentido con que Simmel (2009, p. 42) se refería a “los rasgos verdaderamente individuales y distintivos” sofocados por los “espectáculos impersonales” que componen la vida urbana.

Tropezarse con el otro

Como señalan Amerlinck y Bontempo (1994, p. 27), la diversidad cultural ha constituido un elemento de estudio principal para la antropología, entendiendo la diversidad como “lo ajeno, distinto, a veces distante, pero siempre lo otro”, que condujo a “la noción de la necesidad de comprender la alteridad como medio para comprender a sí mismo”. El arquitecto Stavros Stavrides (2001) entendía el proceso psicogeográfico del abandono del yo, del navegar en *metis* y negociar su *poros* (pasajes) como un proceso para llegar al *otro*, e incluso “convertirse en otro”. El “arte de caminar” (Thoreau 1862/1998, Breton, 1927/2011; Certeau, 1974-80/2000; Careri, 2002/2014 y 2016; Berenstein Jacques, 2012) y la observación son prácticas interrelacionadas que ponen de relieve las relaciones de poder entre los individuos, además de la interacción entre ellos y su entorno.

En lo que se refiere a la colección de vivencias, historias y relatos del caminar, mi interés principal en la etnografía ha surgido por la íntima relación que ésta mantiene con la práctica de la deriva aplicada como método para captar los elementos psicogeográficos del ambiente urbano, experimentada por los movimientos de

vanguardia artística del siglo XX y, posteriormente, por diversos colectivos urbanos contraculturales a nivel mundial.

Si el aspecto común entre ambas prácticas, entre deriva y etnografía, es el interés por lo *otro*, la exploración de lo íntimo y de lo exótico, cabe destacar una distinción importante que el sociólogo portugués Tiago Neves (1998, p. 134) señala al respecto: “Surge então uma nova relação entre o familiar e o estranho, e enquanto que a etnografia tenta tornar o estranho familiar, o surrealismo esforça-se por conseguir precisamente o efeito oposto”. Tanto el surrealismo, como la etnografía, según argumenta Neves, reestablecieron la percepción entre la proximidad (lo familiar) y el distanciamiento (los objetos/sujetos distantes y distintos).

Dichas cuestiones se manifiestan en la configuración del lugar, así como en la relación que el individuo mantiene con él. Se trata de un proceso evolutivo que se desvela a lo largo del tiempo y –por supuesto– de forma no homogénea entre los miembros de la comunidad. Se rige por conceptos contradictorios: estereotipos y prejuicios; unos vividos y compartidos por sus miembros, otros que todavía sobreviven a través de mitos. Todos estos son aspectos que el abordaje etnográfico intenta abarcar y percibir, matizando la importancia de la observación e investigación a partir de la propia estancia en el lugar.

De este modo, al reconocer que la forma con la que el “otro” es visto y construido reside en la propia dialéctica de identidad y alteridad, se ponen de manifiesto los preconceptos que captaría la mirada inicial de un *forastero* investigador en relación con los informantes y la gente de su campo de estudio, puesto que “*estando aquí*, no pertenece al *aquí*, sino a algún *alli*” (Delgado, 1999, p. 114). En efecto, al estudiar el caso de Afurada, me he tropezado varias veces con la idea de que la “faena del pescador” suele ser vista no solo como “exótica”, sino también como romántica y heroica (Peralta, 2010). El imaginario que se produce sobre un lugar antes de conocerlo, puede desmitificarse o seguir alimentándose mediante las historias, las personas y los momentos que sintetizan la imagen de ese mismo lugar bajo una nueva mirada. Durante un paseo de domingo por el barrio de Afurada con Darren¹, a quien acababa de conocer, me reveló sus sensaciones y me sorprendió que nuestro punto de vista coincidiera: “¿Sabes cómo llamo a este lugar? Es un poco malo, ¡pero lo llamo Jurassic Park! Es porque cada vez que voy, *cada vez*, ocurren todas estas cosas curiosas” (Diario de campo, 6 de abril de 2014).

Las atmósferas que se generan en un lugar al mismo tiempo que se recorre, contribuyen a una “especie de poesía geográfica, puesto que [existen] frases y signos que pueden interpretarse como cartografías que evocan sensaciones de los lugares” (Careri, 2002/2014, p. 123). Monica Degen y Gillian Rose (2012) detectan tres factores que entrelazan el papel de la arquitectura y de la vida cotidiana en la memoria de los habitantes a partir de un estudio realizado en 2012, basado en entrevistas guiadas por las zonas céntricas de dos ciudades británicas: Milton Keynes y Bedford. Estos parámetros son: a), la importancia de la repetición para la función de la memoria, b), el afecto/impacto (*sensory impact*) provocado por la ausencia de lo que anteriormente era un lugar, y c), el papel de la movilidad en la memoria perceptiva (*walk-alongs*).

Las presencias, así como las ausencias, la memoria y determinados cambios producidos en el espacio urbano, pueden afectar las rutas diarias de la gente, ya sea con el fin de evitar un determinado lugar y la sensación que evoca, ya sea para provocar un

¹ Profesor inglés que alquilaba un puesto de yate durante el verano de 2014 en la marina de Afurada. Esta era la primera vez que visitaba Afurada.

encuentro, descubrimiento o afecto vinculado a algún acontecimiento. Dicha práctica común, conocida como *el desvío*, da lugar a lo que Augoyard denomina *paratopismo* [Figura 3 y 4]:

Paratopism is the form of ambulatory movement that proceeds via *substitution* of one path for another. That which is substituted for can be the subject either of systematic exclusion or of alternation: it can be avoided on account of a momentary obstacle that is physical (repair work, other inconveniences) or social in nature. Whatever the case may be, it is always a matter of a site avoided by the person walking. The trip actually taken unfolds therefore in the place of another one, by *divergence* (Augoyard, 1979/2009, p. 29).



Figura 3: “I don’t always follow the small paths. Last time, I didn’t have it in mind to tell you, but I really love to walk on the grass. Even if there is the path and the grass next to each other, well, I take the grass; it’s nicer” (Augoyard, 1979/2009, pp. 30-31).

Figura 4: Afurada, Porto. 2015. Camino construido con el tiempo, por el hábito y deseo de evitar un pasaje determinado y seguir uno en construcción (fotografía de la autora).

A los incidentes, señales y acontecimientos que el azar puede traer al camino del viajante/etnógrafo [Figura 5 y 6], cabe mencionar aquellas ocasiones en las que el etnógrafo/ritmo-analista² se detiene y desde su inmovilidad percibe el carácter cambiante de su ambiente, condicionado esta vez por las derivas, desplazamientos, movimientos de personas a su alrededor y cómo este flujo urbano afecta a los demás y a él mismo. Virginia Woolf, en su libro *Una habitación propia* nota el impacto sensorial que le puede provocar una escena casual que ocurre una mañana en Londres que contempla desde su ventana. Se trata de un encuentro entre dos personas que caminan uno hacia el otro, se juntan y cogen un taxi:

La escena era de lo más común; lo extraño era el orden rítmico que le confería mi imaginación, y el hecho de que una imagen tan cotidiana como la de dos personas subiendo a un taxi tuviera la capacidad de transmitir algo de su aparente satisfacción” (Woolf, 1929/2018, p. 129).

² Término acuñado por Lefebvre y Régulier (1992/2007) al que nos referimos más adelante.



Figura 5: A la deriva en Sete Cidades, Isla de São Miguel, Azores. 2016 (fotografía de la autora). Figura 6: A la deriva en Granada. 2019 (fotografía de la autora).

Perderse para encontrarse

La correlación de la ciudad y de lo urbano, así como la relación simbólica del habitante con su espacio vital, ha sido analizado por varios autores derivados de los campos de la antropología, la sociología, la geografía, la filosofía y la arquitectura. Si bien la mirada arquitectónica se centra en los aspectos cuantitativos del ambiente y lugar en cuestión, las ciencias humanas y sociales, en particular la antropología, aportan las herramientas de base cualitativa que complementan el conocimiento producido. Con relación a este aspecto, el urbanista Constantinos Doxiadis nos transmite su experiencia durante su visita a Pakistán en el momento en que se encuentra con “la ventana extraña”:

Caminando entre estas casas, encuentro el ejemplo más característico que he visto en mi vida de cuán diferente es la percepción de las necesidades de vivienda entre los diferentes pueblos. Para cualquier arquitecto criado en Occidente, más bien, para cualquier persona occidental, una ventana es una abertura en la pared, que comienza aproximadamente a un metro del suelo, ahí es exactamente donde las personas sentadas querían su abertura en la pared. Pero aquí estoy frente a una casa donde las ventanas comienzan desde el suelo y solo alcanzan 1,20 m. ¿No es esta la solución ideal para una vivienda, donde los habitantes se sientan en el suelo? Podemos reírnos, pero esta es una casa racional que permite que el viento no sople sobre las cabezas, sino sobre las personas que viven en esta casa. Si pudiéramos abrir los ojos a tales expresiones de construcción local, seguramente entenderíamos más y serviríamos mejor a los fines de este país. Estas expresiones de necesidades reales se pasan por alto fácilmente y se ocultan detrás de montones de edificios occidentalizados (Doxiadis, 2019, pp. 56-57).

Teniendo en cuenta la importancia de la presencia *in situ*, mi perspectiva sigue el método etnográfico como herramienta de observación y análisis sistemático de la estructura socioespacial de la comunidad estudiada, a través de la observación participativa y el registro de historias orales, individuales y colectivas que sean capaces de subvertir la retórica dominante, es decir, el discurso “desde arriba” y sintetizar otra historia sobre el lugar en cuestión. A través de la recopilación de datos sobre la percepción y el uso del tiempo en las prácticas cotidianas, he intentado acercarme a las dicotomías espaciales y comprender la importancia de conceptos como: lo público y lo

privado, lo común y lo colectivo, lo singular (en el sentido de lo único - inédito) y lo particular (lo individual, lo extraordinario), lo morfológico y lo tipológico, entre otros.

De esta forma, la investigación puede contribuir a la comprensión de los problemas, necesidades y anhelos de los habitantes, hasta que la propia existencia del arquitecto constituya un problema, una necesidad y un anhelo³. La “realidad” que nace a partir del trabajo de campo, a pesar de las subjetividades que la componen, refleja las dinámicas que se están desarrollando en el lugar y seguramente podría servir al grupo de arquitectos y urbanistas al que se asigna un proyecto de intervención para ese lugar. En este sentido y para poder captar los elementos que conforman el espacio y tiempo cotidiano de la urbe, Lefebvre (2007, pp. 53-54) proponen la figura del ritmo-analista, quien “siempre está escuchando a fondo”, pero no solo escucha palabras, discursos, ruidos y sonidos, sino que es capaz de escuchar a una casa, una calle, una ciudad, y, además: “Si uno observa con atención una muchedumbre en las horas puntas, [...] sabe escuchar a una plaza, un mercado, una avenida”.

Fuera del lugar común ***Formas de estar: el salón público***

Cualquiera podría pensar que la experiencia de vivir en una villa pesquera junto al río y a un kilómetro del mar conlleva despertares concurridos. Esto podría ser de esta forma, si pensáramos en el sonido producido por los pájaros, como el de las gaviotas riñendo a los patos, o en los gritos de los mercaderes intentando vender sus productos, todavía agitados. La realidad de las calles interiores del barrio es distinta. Algunas veces habrá gritos de mujeres discutiendo y niños llorando que pueden interrumpir violentamente la tranquilidad mañanera. Otras veces estará la vecina que baja y sube la calle cantando. Sin embargo, la experiencia más habitual de las mañanas en Afurada incluye una invasión de los sueños por un sonido exterior rítmico, ligero, familiar y repetitivo. Un sonido suave y rígido a la vez, canónico y precisamente de tal duración que no acaba de ser fácilmente reconocible. Parece como si alguien estuviera arrastrando algo en un movimiento peculiar. Mi intención de prestar atención para poder asociar ese sonido a una memoria previa y, a partir de esta, construir la imagen exterior, fracasó. De pronto, las actividades cotidianas, familiares o no, dentro de un nuevo ambiente que nos rodea, vino a desvelar la fuente del sonido mañanero e hizo posible juntar al instante los pedazos del puzzle. A primera hora de la mañana, las escobas coloridas en vaivén, mecen arriba y abajo, delante y detrás, tratando de penetrar cada adoquín de granito que forma la calzada portuguesa. Empiezan por la acera y luego pasan por la calle. Pero no toda la acera, ni toda la calle, solamente un tramo delimitado, aquel que le corresponde a cada vivienda, como si este pedazo de tierra fuera una parcela invisible enfrente suyo. Y así la calle se divide en dos especies de propiedades: las parcelas grises, limpias, de límites invisibles y las parcelas visibles, coloridas por los diferentes desechos que ahí se acumulan.

(Diario de campo, 24 de mayo de 2014)

Es la primera vez que veo a alguien —un hombre del municipio— barriendo la calle.

(Diario de campo, 14 de diciembre de 2015)

³ De modo análogo, Copans (1998/2004, p. 162) remite a los D.G. Jongmans y P.C.W.Gutkind, quienes, en su obra *Anthropologists in the field*, de 1967, sostienen que “la cualidad del trabajo [del etnógrafo/etnólogo] aumentaría, si el investigador aprende de considerar a sí mismo, tal como a su trabajo, como un problema”.

En *História da Afurada*, obra de Padre Araújo (Araújo, 1992, p. 25), existe una referencia al día 29 de junio de 1898 sobre una petición al Ayuntamiento para hacer una limpieza de las calles, tratándose de un caso especial: el proceso de construcción de la primera iglesia. Fuera del caso mencionado, la limpieza de las calles se consideraba, prácticamente, como una tarea de carácter doméstico, puesto que solía permanecer a cargo de cada hogar y ser popularmente asociada a la mujer: “É digno de registrar-se o aspecto de relativa limpeza que se encontra desde as casas ao vestuário e que constitui uma das características da mulher vareira” (Pina Cabral, junio de 1955, p. 35).

Dentro de la perspectiva de género aplicada al espacio, cabría señalar su diferente uso por parte de niños/as y personas adultas. El comportamiento público se encuentra, para las personas adultas, ante una serie de conductas éticas y morales, políticas y culturales, definidas por leyes (ordenanza pública para los ciudadanos) o el llamado “sentido común”. En este orden de cosas, no cabe lugar a duda de que, en el espacio urbano diseñado, las personas adultas suelen seguir normas y controlar su comportamiento reduciéndose de este modo la posibilidad de improvisar, jugar y perderse, como, seguramente, hacían cuando eran pequeñas.

Es por ello que resulta importante matizar las formas de apropiación pública que logran insinuar una conducta no “normalizada” y “homogeneizada”, como una “ruptura con lo *establecido* que posee también una connotación social, entendida como algo revolucionario y transgresor, que solo es posible en un ámbito de libertad” (Benito Alonso, 2017, p. 98). Así es como explica de Benito Alonso el conjunto de acciones que apelan a la “subversión, una alteración del *orden establecido*, donde los objetos y las actuaciones de esta naturaleza forman parte de una vida cotidiana todavía alejada de la normativa y de la moral social”, que se dan frecuentemente durante la infancia, al contrario de lo que se suele observar a la corporeidad y gestualidad adulta manifestada por las calles, plazas y vacíos urbanos. Como bien matiza Delgado (2007, p. 267): “Salir a la calle es salir de nuevo a la infancia. Vivir el espacio es jugar en él, con él, a él”.

¿Qué pasaría, pues, si alguien nos diera la oportunidad o la autoridad de *jugar* de cierta forma con el decorado de nuestro barrio y participar libremente en su configuración, de manera que afectara, aunque fuera de modo efímero e intercambiable, al ambiente común? A la hora de hacerse partícipe de una intervención o transformación en el espacio público, se plantearía la siguiente cuestión: ¿En qué tipo de espacio queremos vivir (Harvey, 2008) y cuáles son las características intrínsecas de la sociedad en que se intentan implementar nuevos medios, sistemas o formas?

El constante distanciamiento de una vida comunitaria o colectiva en los espacios públicos, ha contribuido a difundir la actual tendencia de intentar percibir lo urbano y mantener el control sobre el espacio que ocupamos y atravesamos, de la misma manera que organizaríamos y controlaríamos nuestro propio hogar. En *Afurada*, las mujeres limpian la fachada de su casa con la escoba y la fregona. A pesar del respeto e interés genuino por entender las diferencias de hábitos y la pluralidad que distintas comunidades presentan y traen consigo, el problema está, evidentemente, en que resultaría difícil establecer una idea unánime, o por lo menos compartir, una perspectiva común sobre qué tipo de “salón público” sería más cómodo. Si una parte de la población apreciase un orden urbano rígido, como si se tratara de estar en un salón ordenado y limpio, donde nada puede moverse de sitio, seguramente otra parte apreciaría el carácter más lúdico de la ciudad, aquel que apela a la espontaneidad y la libertad para actuar cada uno a su manera. Lo mismo ocurre con la forma de estar, de jugar y de apropiarse de los rincones y muebles en el interior del hogar:

Navegar en el sofá del salón sobre un simulado mar embravecido –la alfombra– o recorrer el pasillo cabalgando sobre el palo de la escoba son acciones que se experimentan en el espacio doméstico, el primer campo de batalla en la infancia. Jugar en este ámbito es la base de un conocimiento inconsciente, producido a través de la propia acción dirigida por la imaginación y acompañada por el instinto humano del aprendizaje. (Benito Alonso, 2017, p. 57).

En el proceso de aprendizaje urbano y cívico, cabe preguntarnos cuáles serían las cualidades objetivas que pueden caracterizar un espacio público o un espacio privado; ¿acaso las hay? En el documental de Whyte, se establecen siete componentes entre los factores básicos del espacio urbano: espacios que ofrezcan la posibilidad de sentarse, calle, sol, comida, agua, árboles y triangulación, refiriéndose a esta última condición a los puntos de encuentro o de interés que podrían acoger un evento, por ejemplo. Lo que observamos en los tiempos que corren es que la *triangulación* se ha concentrado en los llamados “polos de atracción”, mientras que el diseño contemporáneo de espacios públicos está cada vez más lejos de la preocupación de integrar las cualidades del sol, agua, árboles o sitios donde el sentarse no necesariamente asociados a consumir. Al contrario, la cuestión de la comida se ha enfatizado desproporcionadamente a través de los establecimientos de restauración, que están proliferando en los centros urbanos, en la periferia y en las zonas costeras.

Ante la desenfrenada mercantilización de los lugares que componen nuestro día a día, en los que la presencia de bancos para un reposo es escasa, en un paseo mañanero entre el pueblo de Agios Kirikos y la playa de Chrisostomos, en la isla de Ikaria, se nos revela un sofá que nos invita a una parada en lo alto con vistas al mar [Figura 7]. Los objetos domésticos fuera de su lugar común parecen tener un efecto mágico. Lo mismo ocurre con los objetos fuera de la escala y utilidad previsible [Figura 8]. Breton (1937/2008) sostiene que el descubrimiento de tales objetos puede cumplir la misma función que los sueños: libera a la persona de sus incertidumbres y le transmite la fuerza de superar sus impases.



Figura 7: Isla de Ikaria, Grecia. 2015 (fotografía de la autora).

Figura 8: Poltrona - cenicero encontrada en el pasillo que conduce a las salas de estar. Visita a la casa de familiares de un amigo portugués para la fiesta de la vendimia. Vila do Conde, Portugal. 2013 (fotografía de la autora).

Coyunturas de pausa: la cocina y su microclima

Para comprender la presencia o ausencia de cocinas, no sirve de mucho saber que todas las culturas humanas cocinan, pero sí es necesario saber cómo cocina un grupo concreto, qué otras actividades se asocian al cocinar dentro de un sistema de actividades y qué significado tiene el cocinar.

(Amos Rapoport, 1992, p. 14, citado por Amerlinck y Bontempo, 1994)

En el barrio de Afurada, tal y como afirma el Padre Araújo (1992, p. 559)...,

... era um costume muito típico assar sardinha ou até caranguejos que é o marisco dos pobres, cá fora no passeio. Quando foi instalada a Polícia na Afurada, tentaram proibir e até multar, mas as pessoas teimavam que era um uso antigo em Afurada. Na tentativa de obtenção da autorização de continuar o costume [...] também [conseguiu-se] que certos aprestos de pesca e botas de água, pudessem ficar no passeio à porta de cada um.

Contra los rumores en los que se ve a los afuradenses como gente cerrada, inhóspita y grosera, uno de los clichés más recurrentes sobre el lugar sostiene que un viandante que pase por las calles adosadas al río y vea a los habitantes preparándose la comida delante de sus casas, será sin duda invitado a unirse y comer una sardina. Amélia⁴ afirma que hoy en día se trata de un hábito completamente enraizado en la realidad de la comunidad. Es un acto social expresado bajo forma de convivio, de “trazer a casa para a rua, trazer a casa para a vizinhança”:

Isto tudo tem que ver com a forma como estas pessoas cresceram. Esta comunidade... se fores ver bem todos são primos de alguém aqui, e acaba por haver quase ligações de sangue: primos, tios, sobrinhos, etc. vives ao lado da avó, vives por cima da mãe, ou vives ao lado da prima e tu quando ias assar a sardinha acabas por chamar a vizinha que até é prima do teu marido e depois quando dás por ela, já não sabes quem é primo de alguém. E acabas por partilhar com a vizinha o peixe, ou “olha acabou-me a brasa, posso pegar no teu fogão?”, etc. Há partilha!⁵



Figuras 9-11: Afurada. Asando pescado en la calle. [Fuente: “Google Images”. Resultados obtenidos a partir de la búsqueda del término “Afurada”, visitado el 2013]

⁴ Amélia es una mujer notablemente activa en la vida cultural de Afurada, el lugar en el cual nació y donde trabaja actualmente, siendo la responsable de la Biblioteca Municipal.

⁵ Entrevista realizada el 25/06/2014.

Este hábito revelaría un “decorado” muy específico que se ha preservado durante décadas [Figuras 9-11]. Hace ya más de 60 años, el médico de Pina Cabral (noviembre de 1955) escribía al respecto que: “As refeições, especialmente quando contam de sardinhas assadas e boroa,⁶ são preparadas num fogareiro à porta da rua, o que constitui um dos aspectos típicos da Afurada” (p. 55). Es muy probable que, en 1955, el uso del concepto de lo “típico” no tuviera el mismo sentido y efecto que en la actualidad, época en que se lo ha apropiado el lenguaje de la industria turística y sirve como una ecuación de lo tradicional y auténtico. En 2018, sentadas en la explanada de una cafetería del barrio, durante una conversación con Amélia sobre el aumento de establecimientos de restauración en la zona y la ocupación del espacio público por terrazas, mesas y sillas, ella comparte una anécdota: “Pronto, todo el litoral portugués se convertirá en una gran explanada”.

No obstante, no faltan las ocasiones en las que nos recuerdan que las grandes ciudades todavía conservan el hábito de reunirse en la calle y encontrar un rincón que sirva para acomodar los rituales de convivio en todo su esplendor, asociado a los objetos indispensables para su realización:

Si el capitalismo ha destruido la calle como espacio de encuentro, las guerrillas anticapitalistas que operan en el nicho ecológico de Chueca y Alonso Martínez interrumpen la circulación mediante pequeños dispositivos de sabotaje. Un juego de té completo, para sentarse y charlar: sobre el dolor de unas varices, la crueldad escondida en las canciones de guardería, las posibilidades de colectivizar la compra o Anghelu Rujú, en Cerdeña, y su cementerio de hadas (Muiño, 2016/2018, p. 61, Figura 12)

Es más, la ciudad contemporánea todavía preserva la figura del vendedor y del recolector ambulantes, que recuperan aparatos electrodomésticos. En Grecia, el oficio del recolector ambulante está entre los negocios practicados por personas de las comunidades romaníes, que circulan en su ranchera, propia del chatarrero. Su grito, que jamás estará mediado por ningún dispositivo que le proporcione volumen ante la barrera de hormigón que se levanta entre calle y casa, frecuentemente no logra la transmisión clara de las palabras articuladas, pero la rítmica de su licitación es tan familiar y reconocible que basta con prestar un poco de atención para poder distinguir entre los aparatos enunciados alguna *ne-ve-ra* u otra *la-va-do-ra* que el hombre retira. Siendo este uno de los pocos oficios ambulantes sobrevivientes en las metrópolis, el sonido agudo del chatarrero nos recuerda “la doble esencia del desecho y del recurso” (Careri, 2016, p. 15), en calidad de los potenciales espacios que le pueden corresponder a un lugar o un objeto [Figura 13]. La arquitecta griega Polixeni Mantzou (2000, p. 237) sostiene al respecto que:

De los aparatos electrodomésticos que han modificado substancialmente la vida contemporánea, el frigorífico se puede considerar como el más espacial, incluso el más arquitectónico de todos. No se trata de su forma rectangular, ni de su puerta, ni de su capacidad espacial, sino del hecho de que alberga en su interior la vida, eso sí, vida un tanto peculiar. El interior del frigorífico es un lugar de permanencia, aunque, una permanencia a corto plazo, mientras que en lo que se refiere al resto de los aparatos electrodomésticos, su interior corresponde a algún tipo de procesamiento. Es más, el interior del frigorífico es un espacio-tiempo aparte. Por eso el frigorífico es tan arquitectónico, por su capacidad de definir y organizar su propio espacio-tiempo.

⁶ Referencia a la *broa*, que es un tipo de pan de maíz, tradicional de la cocina portuguesa.



Figura 12: Madrid. “Nuevos sabotajes contra la alta velocidad”, en Muiño, 2016/2018.

Figura 13: Karidi, Isla de Creta, Grecia. 2020 (fotografía de la autora).

Rincones resguardados: el dormitorio expuesto

Entre Cabedelo y Lavadores, en la desembocadura del Duero, hay un terreno vacío que forma una especie de plataforma que se despliega sobre las rocas del mar y que, desde lejos, parece servir como un lugar de estacionamiento debido a los coches aparcados durante todo el día. Toda esta zona se peatonalizó recientemente mediante el Programa Polis y la recalificación del litoral durante la primera década de siglo XXI, implementando además un carril bici y construyendo bancos de hormigón a lo largo de todo el paseo marítimo, con la finalidad de destinarlo al disfrute diario de los habitantes de la zona. Dicho espacio constituye un terreno libre de donde la urbanización del litoral pasó de largo sin intervenir, pero sí permitiendo su acceso a los coches. Este vacío urbano, por tanto, merecería una mención especial y la razón es que no se trata simplemente del típico estacionamiento donde cualquiera podría dejar su auto para pasear por el litoral o contemplar el mar. Al contrario, según he podido observar durante mi trabajo de campo, la mayoría de los conductores suelen quedarse dentro del coche, a menudo con las ventanillas cerradas, en lugar de disfrutar del aire fresco y del paisaje.

Suelen ser parejas de todas las edades que vienen a echar una siesta, hacer un crucigrama o leer un libro. Tal y como me han comentado algunos vecinos, parece ser una costumbre difundida entre mucha gente. Es como una especie de *drive-in*, aquellos cines estadounidenses al aire libre de los años 50, pero en lugar de una pantalla, los espectadores disfrutaban de una vista panorámica del cielo y del mar, cambiante según el clima y el viento. De este modo, al contemplar un horizonte fijo, los espectadores optan por quedarse dentro de un espacio que aparentemente se les antoja más familiar. La hora de reposo, el descanso, la sensación de comodidad y la intimidad del hogar, se trasladan

voluntariamente a este *aparcamiento-dormitorio*, con el fin de disfrutar del espacio natural al amparo de un espacio privado.

La cama sirve, pues, de refugio en los casos más diversos y divertidos. Para Perec (2001, p. 38), según la lectura que le acompaña, “la cama se convertía en cabaña de tramperos, o bote salvavidas en pleno océano tempestuoso, o baobab amenazado por un incendio, tienda levantada en el desierto, anfractuosidad propicia a unos centímetros de la cual pasaban unos enemigos con las manos vacías”. Para la comunidad de Afurada, la cama devenía una muestra de estatus. Amélia⁷ explica cómo el prestigio social de cada familia se refleja directamente en la articulación de la planta baja de la vivienda unifamiliar. Las viviendas suelen tener tres compartimentos. El espacio mayor de la casa está situado en la parte frontal y se encuentra orientado hacia la calle. Los otros dos espacios son menores y se encuentran a continuación, avanzando hacia el fondo de la casa hasta llegar a la pared, que, generalmente, se comparte con la vivienda situada justo detrás de ella. Se trata de la cocina y de la habitación destinada a los hijos. El espacio mayor constituye un espacio común para la familia, de acceso inmediato desde la entrada puesto que las viviendas no disponen de otro espacio intermedio – corredor, pasillo o galería– entre el exterior y el interior, como se ha señalado anteriormente. En este espacio común, la cama de matrimonio ocupa una posición clave con un significado altamente simbólico. Como las puertas de la vivienda suelen permanecer abiertas, las familias con una posición económica más elevada sitúan el lecho matrimonial justo delante de la puerta, a la vista de todos, como un acto de exhibición de riqueza.

En el lado opuesto de la ostentación de la afluencia, se encuentran los intersticios urbanos provisionalmente ocupados por personas sin hogar. Según el arquitecto griego Dimitris Filippidis (2019, p. 183), se trata de una muestra de “la austeridad, santificada como valor positivo, que se convierte en la ingeniosidad [...] de un migrante económico que vive al borde de la subsistencia” [Figuras 14-17]. En el marco limitado conformado por una puerta en cuyo dintel leemos el epígrafe: “Palacio”, se organizan los objetos de salón, cocina y dormitorio de una persona, habitante del llamado *sinhogarismo* de la ciudad, rey por algunas noches de su palacio. En este caso, entonces, ¿qué podría parecernos familiar y qué ajeno?



⁷ Entrevista realizada el 25/05/2014.



Figuras 14-17: Atenas. “Muestras de asentamientos de personas sin hogar en varias áreas del centro de la ciudad. Se aprovechan huecos o entradas existentes de edificios cerrados, creando así un microcosmos privado, frecuentemente muy cuidado. [...]” (Fuente: Filippidis, 2019, p. 185).

Hallazgos etnográficos para captar la complejidad de la vida urbana

Deberíamos aprender a vivir mucho más en las escaleras. Pero ¿cómo?

Perec (1974/2001, p. 67)

A modo de conclusión añadiré un par de reflexiones en torno a la convergencia —o más bien la confluencia nada casual— entre la mirada arquitectónica sobre la ciudad y la etnografía de la calles (Delgado, 2007), realzando su importancia para la concepción de una ciudad-obra en vez de la reproducción de ciudades-producto (Lefebvre, 1968/1978). En particular, señalaré determinados aspectos que considero relevantes para el registro de la complejidad de los entornos construidos y de las historias formales e informales en las urbes. En primer lugar, cabe recordar la íntima relación que el método etnográfico mantiene con prácticas urbanas basadas en el caminar, tales como la visita dadá, las deambulaciones surrealistas y las derivas situacionistas, las que más tarde se concretaron como herramienta principal de la psicogeografía. Debord (1955/2000), con 24 años escribió: “Las diferentes influencias, cualitativas o cuantitativas, de los diversos decorados de una ciudad no se pueden determinar solamente a partir de una época o de un estilo de arquitectura, y todavía menos a partir de las condiciones de vivienda”. En efecto, pese al carácter determinado de un proyecto arquitectónico o urbanístico, su diseño no es necesariamente determinante para el tipo de actividades que se llevarán a cabo o la forma en que va a ser habitado. Si bien el proyectista tiene la responsabilidad de presentar soluciones al programa que ha planteado, en realidad, la autoría del proyecto no le otorga la capacidad plena de controlar la vida futura que se desarrollará en su interior o exterior, ya que esta dependerá mayoritariamente del uso y formas de habitar sujetas a las apropiaciones del mismo, que frecuentemente son imprevisibles.

Segundo, la evolución y planificación de las ciudades actualmente está sometida a una serie de corrientes temáticas: el fenómeno de las ciudades posindustriales, la planificación sostenible, las ciudades digitales e inteligentes, el decrecimiento, la experiencia corporal de la urbe y, por extensión, la cuestión de género en la vivencia

urbana, la movilidad y la problemática de la vivienda (desde la especulación inmobiliaria hasta el *sinhogarismo*) para las poblaciones móviles (refugiados, inmigrantes, turistas, etc.), las infraestructuras de la industria turística, la inevitable unión de lo global y lo local en lo que se da en llamar "glocal", las instituciones del patrimonio cultural (material e inmaterial) y arquitectónico de las ciudades, así como la experiencia sensorial/afectiva urbana, por mencionar algunos de los enfoques urbanos y urbanísticos que contribuyen actualmente a la resignificación del entorno urbano. A partir de ello, cabría analizar —entre otros parámetros— la formación de la identidad del lugar, la desigualdad social en base a clases, edades, género, etc., las fronteras (físicas y simbólicas), la alteridad, la configuración del "nosotros" y de "los otros", los códigos y los símbolos, los ritmos y las representaciones, las instituciones de poder y de autoridad, los estereotipos, los mitos, las tradiciones y la propia vida cotidiana. La importancia de estos últimos parámetros y enfoques para la arquitectura y antropología urbana radica en la convicción de que el conocimiento y educación continuos son la base para el cambio social y, por extensión, resaltan la relevancia de la relación bidireccional entre las interacciones sociales y la regulación espacial.

En este punto, cabe destacar el valor del diario de campo, es decir, la importancia de registrar, reproducir, enseñar, describir y dar continuidad a los *modos de hacer* en el momento y lugar particulares de estudio, con el fin de preservar *ese presente* e inspirar futuras técnicas de construcción y comprensión de las formas de vida cotidiana. En el registro y elaboración de datos no faltan las restricciones e impedimentos, como el *impasse* del factor humano que inevitablemente interviene en el proceso de la escritura (memoria, subjetividad, transcripción, pos-edición de notas, etc.) y la fragilidad de los medios utilizados (daños, pérdida, etc.). Impedimentos a los que se enfrenta el etnógrafo, como cada investigador. Su presencia, su forma de vestir y de hablar, su género, su actitud y sus ritmos son decisivos para la imagen que crea de sí mismo. En una nota a pie de página, Copans (1998/2004) recuerda que “para el H. Powdermaker, el antropólogo es simultáneamente un extraño y un amigo, mientras para M. Agar, se trata de un extraño profesional” (p. 64). Sin embargo, esto ocurre cuando la comunidad conoce su función, en el caso contrario, se quedará en la memoria como otro extraño o extranjero cualquiera.

Recuerdo una vez que estuve en el café Dragão, observando este cambio curioso que solo allí he visto pasar de forma tan brusca: una sala en que la presencia masculina dominaba, en pocos minutos se llena de mujeres. Parece un “cambio de turno”. Yo continuo sentada en la mesa de la esquina, desde donde antes observaba a los hombres jugar a las cartas. Eran unos cuatro sentados jugando, mientras otros observaban el juego y comentaban de pie a sus espaldas. De repente, veo a las mujeres juntándose alrededor de la mesa de enfrente y discutiendo en voz alta. Los hombres empiezan a salir. Acerco la oreja, mientras hago como que estoy dedicada a lo que escribo en mi cuaderno. Entiendo que algo debe haber pasado. La dueña está inquieta y reclama por una cuenta. En cierto momento, cuando mi presencia debe haber sido perceptible, una de ellas interrumpe el monólogo de la dueña y le señala con la cabeza en mi dirección, mostrándole que yo estaba allí. Ella se gira, en efecto, me mira y añade, “no importa, ella no entiende.” Después, sigue su discurso (Diario de campo, 17 de noviembre de 2015).

Por último, pese a las limitaciones que presenta la aplicación del método etnográfico en el estudio del entorno urbano, la base de conocimiento cualitativo que añade a los elementos cuantitativos, con los que la arquitectura suele operar, generan un conjunto de posibilidades de comprensión e interpretación de lo urbano, que

constituirían los primeros pasos para una pedagogía arquitectónica al servicio del conocimiento que se genera con base empírica. La valiosa contribución de la etnografía radica, además, en la posibilidad que proporciona de recuperar la tradición oral —otro elemento vinculado a la infancia— que está por desaparecer en una sociedad en la que prevalece la apariencia y la imagen, y que el registro en el diario podría salvaguardar. De esta manera, la arquitectura irá sobreviviendo no sólo a través de representaciones ilustrativas y planes generados por los profesionales que se empeñan en concebir formas y estructuras habitables, sino también mediante los cuentos y vivencias de los propios habitantes. Dichas vivencias sirven de materia prima para la reconstrucción formal e informal de los ambientes urbanos. El arquitecto-urbanista-etnógrafo será, entonces, un coleccionista de momentos e historias; de relatos, impresiones e incidentes, de aquellos elementos que filtra, elabora e intenta describir, transmitiendo de la mejor forma que pueda su significado y manteniendo en la medida de lo posible su *verdad*. Los objetos dispersos en la urbe y encontrados fuera de su lugar común, son apenas una evidencia más de las perplejas relaciones sociales que se producen en ella, de la pluralidad de necesidades y deseos que no cesan de manifestarse en cada oportunidad, y de la familiar y a la vez extraordinaria sensación que ofrece la arquitectura informal debido a su genuina relación con la escala humana.

Bibliografía

- Amerlinck, M.J. y Bontempo, J.F. (1994). *El entorno construido y la antropología: introducción a su estudio interdisciplinar*. Ciesas.
- Araújo, J. (1992). *História da Afurada*. Junta de Freguesia de São Pedro da Afurada.
- Augoyard, J.F. (1979/2009). *Step by step*. University of Minnesota.
- Benito Alonso, A. de. (2017). La casa como escenario lúdico: los objetos domésticos subvertidos. El jugar como acción creativa y experimental en el entorno cotidiano, *Revista Europea De Investigación en Arquitectura*, 7-8, 95-113.
- Berenstein Jacques, P. (2012). *Elogio aos errantes*. EDUFBA.
- Breton, A. (1927/2011). *Nadja*. Ediciones Cátedra Letras Universales.
- Breton, A. (1937/2008). *Amor loco*. Alianza Editorial.
- Careri, F. (2002/2014). *Walkscapes. El andar como práctica estética*. Gustavo Gili.
- Careri, F. (2016). *Pasear. Detenerse*. Gustavo Gili.
- Certeau, M. de (1974-80/2000). *La invención de lo cotidiano. I Artes de Hacer*. Universidad Iberoamericana.
- Copans, S. (1998/2004). *L'Enquête ethnologique de terrain*. Editions NATHAN [edición griega: *H επιτόπια εθνολογική έρευνα*. Βιβλιοθήκη κοινωνικής επιστήμης και κοινωνικής πολιτικής. Gutenberg].
- Debord, G. (1955/2000). Introducción a una Crítica de la Geografía Urbana. *A Parte Rei: revista de filosofía*, 11. <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/debord3.pdf>

- Degen, M. y Rose, G. (2012). The sensory experiencing of urban design: the role of walking and perceptual memory. *Urban Studies*, 49(15), 3271-3287.
- Delgado, M. (1999). *El animal público*. Anagrama.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Anagrama.
- Doxiadis, C. (1954). *Diarios de viaje 1954-1956*. Melissa.
- Filippidis, D. (2019). *Arquitectura anónima. Una presencia tácita*. Piraeus Bank Group Cultural Foundation. [edición griega: *Ανώνυμη αρχιτεκτονική. Μια άρρητη παρουσία*. Πολιτιστικό Ίδρυμα Ομίλου Πειραιώς].
- Harvey, D. (2008). The right to the city. *New Left Review*, 53, 23-40.
- Lefebvre, H. (1968/1978). *El derecho a la ciudad*. Península.
- Lefebvre, H. y Régulier, C. (1992/2007). *Ritmo-analysis: espacio, tiempo y vida cotidiana*. Continuum.
- Mantzou, P. (2000). *Utilización de medios audiovisuales como modificadores del espacio arquitectónico* (Tesis doctoral no publicada). Universidad Politécnica de Madrid.
- Muiño, E. S. (2016/2018). *Sentir Madrid como si existiera un todo. Geografía pórtico y etnografía reencontrada de una ciudad*. La Torre Magnética.
- Neves, T. (1998). Surrealismo e etnografía. Relações antigas, debates actuais. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 38(3-4), 131-144.
- Peralta, E. (2010). “Somos todos marítimos”: uma etnografia das (in)visibilidades do poder na representação social do passado local em Ílhavo. *Etnográfica*, 14(3), 443-464.
- Perec, G. (2001). *Especies de espacios*. Editorial Montesinos. (trabajo original publicado 1974)
- Pietra, U. la (1977). *La riappropriazione della città* [Video] <https://tinyurl.com/2p9examw>. FRAC Centre Val du Loire.
- Pina Cabral, J. M. de (junio de 1955). Afurada, *Boletim da Associação Cultural Amigos de Gaia*, 31-35.
- Pina Cabral, J. M. de (noviembre de 1955). Afurada, *Boletim da Associação Cultural Amigos de Gaia*, 54-58.
- Simmel, G. (1903/1986). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En G. Simmel, *El individuo y la libertad* (pp. 247-261). Península.
- Stavrides, S. (2001). Navigating the metropolitan space. *The Journal of Psychogeography and Urban Research*, 1(1), 1-5.
- Thoreau, H. D. (1862/1998). *Caminar*. Árdora Exprés.
- Whyte, W. (1988). *The social life of small urban spaces* [DVD]. Municipal Art Society of New York.
- Woolf, V. (1929/2018). *Una habitación propia*. Alianza Editorial.



© Copyright Geronta Antigoni, 2023

© Copyright *Quaderns de l'ICA*, 2023

Fitxa bibliogràfica:

Antigoni, G. (2023). Arquitectura y etnografía urbana: derivas entre lo familiar y lo ajeno de la cotidianeidad. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 39 (1), 116-133. [ISSN 2385-4472]